



El otro mundo necesario

Ademar Bogo

Introducción: la historia

En el siglo 19, los filósofos alertaron a la humanidad que el capital para sobrevivir tendría la necesidad de extenderse por todo el globo terrestre; ocupar todos los espacios a través del mercado en todas las partes y explotar las fuerzas humanas y la naturaleza hasta agotarlas. Esto sería comandado por la clase burguesa que, obligatoriamente, tendría que modernizar constantemente los medios de producción para continuar existiendo.

La revolución industrial iniciada en el siglo 18, en Inglaterra, abrió el camino que la civilización habría de seguir. Bajo el mando de los capitalistas europeos y, un poco más tarde, de los norteamericanos y japoneses, el mundo fue repartido en colonias; y, cada cual, a su modo, buscó explotar, esclavizar, dominar y devastar los espacios invadidos por la fuerza del capital, de las armas de fuego y de la tecnología.

Las dos guerras mundiales realizadas en el siglo 20, además de tratar de resolver las crisis económicas mundiales, sirvieron para romper las barreras y abrir las fronteras que pacíficamente el capital no conseguía hacerlo. Al terminar la Segunda Guerra Mundial en 1945, el capital mostró su capacidad destructiva, alertando que, de ser necesario, para llegar donde quisiese, utilizaría todos los tipos de armamentos, inclusive la bomba atómica.

Todo y cualquier proyecto pasa por diferentes fases de implementación. Así ocurrió con la expansión del capitalismo. Si inicialmente los capitalistas necesitaron de las navegaciones para abrir nuevos mercados, más tarde esto ya no podía acontecer sin la ayuda de la industria que, al desarrollarse, producía las mercancías fundamentalmente orientadas a los bienes de consumo para el “nuevo mundo”. Sin embargo, la ganancia y la dinámica acelerada de esta producción condujeron a producir en exceso y saturó el propio mercado, provocando una profunda enfermedad de la economía. Tales contradicciones llevaron a la humanidad a conocer la primera crisis de crecimiento de

la economía capitalista en 1870. A partir de entonces las crisis pasaron a ser una realidad constante en la vida de todas las sociedades desarrolladas o en desarrollo. Así, los períodos históricos pueden ser fácilmente descifrados por los marcos de las crisis; cada una con sus características generadoras propias, producidas por las contradicciones de su propio funcionamiento, pero para sus salidas siempre se han utilizados básicamente dos principios. El primero de ellos es provocar guerras locales, regionales o mundiales para destruir mercancías y enseguida reconstruirlas; el segundo es buscar la producción de nuevas mercancías para abrir nuevos frentes de producción para acelerar el consumo y, de esta manera, recuperar los perjuicios. Esta respuesta se encuentra desde la primera gran crisis mundial de sobreproducción en 1870, que desató diversos conflictos bélicos locales y regionales hasta culminar con el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. La segunda gran crisis financiera de 1929 condujo a la humanidad diez años después a entrar nuevamente en guerra. Situación similar se produce con la crisis del petróleo en la década de 1970, al desatar diversas guerras particulares que involucran profundos intereses capitalistas, cuando se buscó, a contrapelo de la guerra mundial, inaugurar un nuevo modelo, el de la globalización y del neoliberalismo. En suma, fue la salida imperialista para abrir las fronteras nacionales y adueñarse de enormes montos del patrimonio público edificado y de las riquezas naturales sobrantes en los países donde las economías estaban en desarrollo. Con esto, algunos centenares de empresas capitalistas, sin destruirse entre sí, se beneficiaron y, fundamentalmente, los bancos ganaron exorbitantes sumas, a través de las altas tasas de interés, profundizando con esto las contradicciones entre el capital productivo y el especulativo, lo que llevó a una nueva crisis profunda de las economías mundiales en 2008.

La trayectoria de las crisis generalizadas, siempre fue permeada por crisis particulares y localizadas, donde los trabajadores y las masas populares, en general, han pagado la cuenta con enormes esfuerzos y sacrificios. Básicamente, a partir de la Segunda Guerra Mundial, no solamente los pueblos explotados fueron violentados para que entreguen más beneficios al capital, sino que también la naturaleza pasó a ser violentada con mayor vigor, obligándola a transformar en mercancía toda la biodiversidad, con el objetivo de formar nuevas ondas de consumo en los mercados mundiales.

Lo que podemos sacar como lección de este breve inventario es que el capital no se detendrá ni tampoco considerará los lamentos humanos. Su metabolismo necesita cada vez más mercancías para sustentarse, y, para esto, buscará en los bienes comunes naturales la fuente para saciar sus necesidades.

Las consecuencias de la expansión del capital y de las fuerzas productivas

Con el modelo neoliberal, el imperialismo no necesitó provocar una tercera guerra mundial. Se apropió primero de las inversiones públicas en todos los países que se habían convertido en dependientes debido a las elevadas “deudas externas”, los cuales en poco tiempo vieron, a través de los programas de privatizaciones, dilapidado

todo el patrimonio público; luego, con la caída del bloque socialista, las empresas capitalistas también se adueñaron del ahorro social reunido por décadas en los países del Este Europeo; con esto, también se abrieron los mercados para la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, como ocurre en el territorio chino, y así el capital penetró oficialmente en aquellos territorios sin necesidad de recurrir a la guerra; y, finalmente, todavía en curso, el ataque a las riquezas naturales transformando en mercancías las minas, los bosques, el agua dulce, las semillas y la biodiversidad.

Todo esto tiene lugar con la participación de los profundos cambios tecnológicos que intensifican la cualificación de los medios de producción y contribuyen a los profundos cambios estructurales tanto en la infraestructura cuanto en la superestructura de la sociedad. Así, por segunda vez, se confirma lo que habían percibido los filósofos en el siglo 19, que la burguesía no solamente necesita establecerse en todo el globo, sino que para sobrevivir también necesita, “modernizar constantemente los medios de producción”, los cuales modifican tanto las relaciones de producción, como también, a través del consumo, las relaciones sociales, los comportamientos, la ética y los valores.

Si abordamos la historia de la humanidad, a través de una visión filosófica, vamos a percibir que estamos atravesando un tercer y profundo cambio en la formación del ser social. El primero tuvo lugar en el período neolítico cuando el ser humano inventó el hacha de piedra, como el primer instrumento de trabajo. Aquel invento permitió al ser humano ampliar el alcance de los brazos. A partir de ese contexto, el hombre podía alcanzar y transformar los alimentos sin tocarlos directamente con las manos. El segundo cambio se produjo con la Revolución industrial, cuando se descubrió el motor. Este invento hizo que el hombre aumente su fuerza física. A partir de entonces, éste pudo desplazar objetos pesados hacia dónde quisiese, con el uso de las máquinas. El tercer cambio de calidad del ser y de las relaciones sociales es el que estamos viviendo, representado por los grandes descubrimientos de la electrónica y de la informática que permiten al ser humano crecer en memoria. Por medio de la ayuda del ordenador almacenamos conocimientos que la cabeza no conseguiría hacer naturalmente.

Las transformaciones recientes que aceleran la comunicación y aumentan el potencial productivo a través de las técnicas, conducen también a profundos cambios estructurales en la constitución social.

Con la fuerza de la tecnología estamos presenciando profundas transformaciones en la base productiva de la sociedad capitalista. Por varias décadas, las innovaciones tecnológicas provocaron cambios en el sistema de producción industrial. Las nuevas fuerzas productivas mecanizadas pasaron a presionar y a competir con las fuerzas productivas humanas, desplazándolas de los lugares, que habitualmente tenían en el

mundo del trabajo formal, hacia el mercado informal de la venta no garantizada de la fuerza de trabajo.

Una segunda referencia de cambios estructurales se está dando en la composición de la sociedad civil, en la cual no solo la clase dominante se transforma cada vez más en "persona jurídica", asociándose para realizar sus inversiones a través de acciones del capital, sea en la industria urbana o en el medio rural, sino que también los contingentes poblacionales sufren con la desclasificación y migran de una clase productiva a otra o se transforman en amplios aglomerados de masas populares. Con esto, cambian rápidamente los hábitos, la manera de pensar de los jóvenes sobre todo, y la práctica de valores, al tiempo que la vida humana pasa a ser relativizada como si fuese cualquier objeto de uso que se lo puede descartar una vez usado o no. Pero es con éste ser calificado e innovado por la tecnología, y a la vez inseguro o descartado del orden del capital, que nos enrubaremos hacia la nueva sociedad del futuro.

En tercer lugar, tenemos los cambios parciales y estructurales del Estado. Desde el siglo XVI se fue forjando la conformación del Estado moderno, controlado por la burguesía. Ese proceso comenzó en Inglaterra y se expandió a partir de la Revolución Francesa (1789), cuando se instituyeron, a través de las ideas de varios pensadores, resumidas por Montesquieu, en los tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial), supuestamente independientes uno del otro, pero comandados por los mismos intereses del capital y de la clase que detenta el poder económico y político; es que, más que cambios en su constitución, se produjeron cambios de funciones. Si con la formación del Estado moderno, la referencia para la sociedad civil fue la de haberse constituido un nuevo "contrato social", con la producción en exceso y la necesidad del capital de ir a todas las partes, aquel "contrato social" entre el Estado - nación y el ciudadano individual o comunitario, se rompió. De fuerza protectora, el Estado pasó a ser una fuerza represora y sancionadora con la aplicación del recurso a la criminalización y a la fuerza de la ley. El contrato ahora no es más social, es un "contrato marginal", realizado entre el Estado y los grupos del crimen organizado, que, dominados por el capital, se instalan en la producción económica, en la política institucional; y, desde ahí buscan la elaboración de leyes que facultan el cometimiento de crímenes, tales como los cambios genéticos, el asalto a la biodiversidad, el secuestro de los ríos y lagos de agua dulce, a través de la privatización de las aguas, la formación de cárteles que controlan mercados, puertos, escuelas, sistema de salud, etc. En tanto, la amplia mayoría de la población queda desatendida y a merced de sus propias iniciativas.

La necesidad de la burguesía y del capital de ir a todos los lugares es lo que influenció el desarrollo de la sociedad en la edad Moderna y es lo que determina la dinámica del funcionamiento de las sociedades contemporáneas, para lo cual, el capital es una fuerza presente en la preparación de las conciencias, reduciéndolas al sentido común

a través de los medios masivos de difusión, desde la primera infancia; haciendo que aquello que es perverso y destructivo para la naturaleza o para la sociedad local, pase a ser visto como benéfico y defendible por la opinión pública de manera universal. A través de los procesos electorales, el capital induce a elegir los gobernantes a través de amplia participación popular, haciendo creer que el voto es sinónimo de democracia y se volvió la única "arma" que cada uno, fuera de la lucha social y política, puede contar para blandir contra las injusticias sociales, desanimando con esto la organización política y social de las clases y de las masas populares.

El neoliberalismo no proyectó otro modo de producción, pero elevó la calidad de la clase burguesa, que aumentó su poder de explotación y dominación, desmovilizando todas las fuerzas sociales. Por eso, mientras la burguesía consigue manejar las crisis del capital manteniendo sus ganancias, los trabajadores y las masas populares vagan sobre los propios destrozos sin vislumbrar un lugar donde puedan recolocar de otra manera sus fuerzas y retomar la ofensiva.

Si los principios burgueses, "libertad, igualdad y fraternidad", que sirvieron para impulsar la Revolución Francesa, contribuyeron a dinamizar económica, política y moralmente la sociedad con la presencia del Estado republicano, que se propuso ejecutar reformas y, en diversos momentos, garantizó los derechos laborales y sociales, posibilitando que la clase trabajadora y las masas eleven su grado de organización; en este momento, no solamente que aquellos principios se han tornado limitados y perjudiciales para la clase trabajadora y las masas populares, sino que también la estructura del Estado moderno no garantiza ni responde más a los anhelos de la sociedad contemporánea, al contrario, el Estado con sus poderes volvió a ser el verdadero "comité de la burguesía" para tomar las decisiones contra el pueblo, con los tres poderes acoplados o actuando en particular cuando por casualidad son elegidos candidatos que poseen compromisos progresistas.

Como en todo hay excepciones, hay lugares donde la conquista de gobiernos a través de la táctica electoral tensa las contradicciones con el interés del capital y el Estado sirve como instrumento de combate, pero incluso en estos lugares hay la necesidad de profundizar los cambios e involucrar más directamente a las masas para que el exceso de apego a la legalidad no destruya el movimiento ofensivo.

El camino a las transformaciones

A partir de lo expuesto, podemos percibir que la sociedad en que vivimos puso en marcha, en las últimas décadas, diversos cambios estructurales, de comportamiento y sociales.

Hay una ofensiva del capital para dominar los bienes de la naturaleza, de la cual pretende extraer más materia prima, como un último reducto para producir nuevas mercancías, pero también un ataque contra el ser humano, contra el ser político que

es conducido a aceptar el principio de ser representado y no interesarse en participar de las decisiones.

Por otro lado, sabemos que las luchas sociales y políticas siempre fueron, en todos los tiempos, los esfuerzos empleados para alcanzar los cambios necesarios para mejorar la vida de los pueblos. En las sociedades en desarrollo, donde las contradicciones eran de naturaleza nacionales, las transformaciones o intentos acontecieron a través de la acumulación de fuerzas de corta o mediana duración, combinadas con la gran insurrección popular, cuando la mayoría de aquellas sociedades se sumaron en torno a los mismos objetivos. Las formas de lucha y las tácticas encontradas estaban adecuadas a aquellas condiciones en que algunos pocos instrumentos organizativos permitían el alcance de grandes victorias.

Con la internacionalización del capital y su presencia en todos los lugares, aunque todavía no haya, a causa de la lucha popular, alcanzado sus propósitos, las sociedades se han vuelto más complejas, y las contradicciones quedaron todavía más profundas. Esto nos obliga a tener que pensar no solo las formas de luchas cada vez más amplias y diversificadas, sino también la necesidad de crear o reproducir instrumentos organizativos más cualificados que penetren en la sociedad civil con el objetivo de movilizar, organizar y elevar la conciencia de las clases y poblaciones urbanas y rurales, unificando los intereses y los objetivos para realizar las transformaciones necesarias. Hay procesos que se delinean –con características particulares– con la participación de las grandes masas movilizadas en choque con el orden burgués, combinadas con las disputas institucionales, como es el caso de Venezuela y de Bolivia; pero éstas avanzan porque no se propusieron tan solo llegar al gobierno, sino que además “refundar las repúblicas”, cambiando las constituciones y garantizando la participación popular en el poder. Tanto las disputas en diversos frentes de luchas combinadas para acumular fuerzas, cuanto las disputas electorales, demuestran que nada se puede alcanzar en términos de cambios, si la mayoría de una sociedad no está de acuerdo y participa activamente del proceso, permaneciendo organizada alrededor de tareas definidas tras la conquista del objetivo inmediato. Esto porque sin la continuidad de los enfrentamientos las fuerzas contrarrevolucionarias más temprano o más tarde regresan y hacen perder todas las conquistas, y jamás permitirán que se alcance el objetivo estratégico.

En cada país, respetando las culturas y las dinámicas propias, los cambios tendrán sus características particulares, pero en términos decisorios, el alcance de las disputas debe ser internacional, teniendo en cuenta que son los mismos intereses capitalistas y, en muchos casos, las mismas empresas que expolían las poblaciones en todas las partes del mundo.

Las luchas por soberanía política, económica, ideológica, cultural, alimentaria, etc. no pueden olvidar la solidaridad entre los pueblos que viven en las comunidades rurales

o en las grandes ciudades. Solamente la unidad internacional podrá emancipar los pueblos.

Esta unidad no significa el poder de reducir o de imponer simbologías, como fue en el pasado, cuando en cada país se reproducía la configuración organizativa de un único instrumento. La unidad por encima de las formas debe darse en torno de principios y de la práctica de valores socialistas. En cada parte del mundo habrá trincheras cavadas en el propio suelo con los propios instrumentos adecuados al tipo del material a ser cavado.

La CLOC y la Vía Campesina aprenden diariamente la importancia de las alianzas y de la cooperación solidaria cuando tienen que enfrentar en muchas partes del mundo a las mismas empresas capitalistas que usan las fuerzas políticas y militares del Estado local para asegurar sus intereses, en detrimento de los derechos humanos y sociales de las poblaciones.

La transformación de los bienes de la naturaleza en mercancías es un propósito que está en la esencia de la expansión capitalista. Solamente la lucha internacional articulada podrá detenerlo y preservar el planeta con toda su biodiversidad.

¿Qué tipo de sociedad pretendemos?

Hablamos de luchas y conquistas de una manera objetiva, pues ellas siempre tienden a responder a nuestros problemas inmediatos. A las masas no se las puede motivar a la lucha únicamente con referencias utópicas. Hay que conquistar el bienestar de cada día, para que esto se transforme en fuerza para los cambios más profundos y continuos.

En este sentido es que se plantea el desafío de los pueblos de pensar los cambios necesarios para la continuidad de la vida en el planeta. Cuando tratamos los cambios estructurales, entendemos que ellos deben ser provocados de manera combinada en tres sentidos: en la base productiva; en las relaciones sociales y en la estructura del poder político que está localizado en el Estado.

Las disputas parciales y corporativas tienden a no contribuir a los cambios estructurales, teniendo en cuenta que al estar desarticuladas, no provocan la generalización de los cambios. Por eso, sin dejar de luchar por cuestiones particulares, es importante que se impulse la suma de esfuerzos para atacar al mal mayor que es el imperialismo, enemigo de toda la humanidad explotada por el capital y por la clase dominante. En este sentido es que se vuelve importante la organización social y política de la clase trabajadora y de las masas populares urbanas y rurales, comunidades indígenas y afrodescendientes, para, al mismo tiempo en que se enfrenta al capital, buscar cambios en la estructura de poder del Estado, siendo que a

través de la organización se van procesando cambios en las relaciones sociales y en la práctica de valores.

Los procesos de cambios de cada país tienden a ser largos; y, por tanto necesitamos de persistencia y elevado nivel de conciencia para soportar los sacrificios y los sufrimientos impuestos por la contrarrevolución. Sin este esfuerzo generalizado no lograremos alcanzar los cambios pretendidos a lo largo de los siglos. Por lo mismo, la formación política, a través de estudios, cursos e intercambios de experiencias, debe ser vista como tarea obligatoria de cada organización y de las varias organizaciones juntas que existen en cada país, para marchar cada vez más conscientes rumbo al otro mundo necesario.

Los cambios particulares y universales deben buscar no solo un mundo “posible”, sino un mundo necesario. En este momento, en que vivimos esta necesidad, se volvió vital hacerlo realidad, teniendo en cuenta que de no ser así el capital pondrá cada vez más en peligro la propia existencia del planeta. Entonces, el modo de producción capitalista que sirvió para que la humanidad tuviese mejoras en los descubrimientos científicos y contribuyó a la superación de desafíos fundamentales para el bienestar de los seres sociales por la necesidad de producir bienes superfluos para mantener el mercado en funcionamiento, por la obligatoriedad de explotar cada vez más la naturaleza y los seres humanos, por la centralización del capital en pocas manos, por las injusticias y el irrespeto a los derechos humanos, etc., ya no contribuye más y necesita ser superado.

De modo que la lucha para superar el capitalismo y organizar un nuevo modo de producción se convirtió en una necesidad inmediata para la humanidad. El socialismo como un modo para que la sociedad esté en transformación permanente a fin de que la propiedad privada del capital pase a ser propiedad social, extirpando la explotación del hombre por el hombre, tendrá también que transformar los valores egoístas e individualistas en valores solidarios y comunitarios, contribuyendo a que la “democracia” representativa dé paso a la democracia participativa, en la cual el destino de todo será decidido social y colectivamente.

La lucha por el socialismo es la lucha para sacar del control de las empresas y de los explotadores capitalistas el derecho de decidir según sus intereses el destino de la humanidad, sin tener en cuenta las consecuencias que esto trae para la vida social. Entonces, la lucha por el socialismo es por encima de todo el amor a la sociedad transformado en acciones de resistencia, defensiva y ofensiva, contra las amenazas generalizadas que el capital hace a la vida. La lucha por el socialismo es la defensa de la justicia y de la igualdad de derechos y apropiación de la producción según el esfuerzo de cada uno.

La lucha por el socialismo es la defensa de la continuidad de la existencia de las asociaciones humanas con sus culturas, costumbres y valores sociales, así como la búsqueda de la formación de nuevas asociaciones comunitarias y solidarias, sobre todo en los espacios metropolitanos donde la excesiva explotación anuló la perspectiva de vida de la juventud y la posibilidad de alcanzar la dignidad de las masas populares. La lucha por el socialismo es la única condición de salvar la biodiversidad y la preservación de las poblaciones rurales en convivencia con la naturaleza. La verdadera emancipación del ser humano solamente será posible si colectivamente se retiran todas las mediaciones que restringen la libertad de convivir, cuidar y respetar a todos los seres humanos. La conciencia de que cada especie de vida contribuye de alguna forma a la continuidad de la existencia de todas las especies llevará a que la humanidad se salve a sí misma. Para que esto sea posible, en primer lugar debe haber la sustitución de los sujetos. Si hasta aquí las clases dominantes, caracterizadas por la apropiación individual de la riqueza, determinaron el destino de las sociedades que buscaban cambios para beneficiar la minoría, de ahora en adelante, solo aquéllos que se propongan participar colectivamente de los resultados del trabajo en beneficio de la mayoría tendrán el derecho a conducir el proyecto de la nueva sociedad.

Una sociedad solidaria se construye con el esfuerzo de sujetos solidarios.

*Ademar Bogo,
Miembro de la Dirección Nacional del MST-Brasil*